

## **CONFERENCIA: LOS COLORES DE LA MEMORIA**

Desde el alba de los tiempos, el Pintor fue el vehículo de la transmisión de las imágenes. Partiendo de Altamira con el colosal zodiaco y de otros ejemplos más simplificados de figuras y animales, hasta llegar a la representación más primordial como las huellas de las manos, síntesis de una voz necesitada de comunicar sentimientos ancestrales.

Pocos ejemplos quedan de las pinturas de las llamadas culturas clásicas. Pompeya y Roma son las referencias más sustanciales, así como las momias del Fayum en Egipto. En estos casos siempre nos han llegado como anónimos y en el anonimato quedaron los miniaturistas de toda la Edad Media.

Hay que llegar a Giotto para sentir el nombre del Pintor en paralelo a la obra, y es en el Renacimiento con la figura de el Maestro y una fuerte demanda de obras de arte, que se crean escuelas, talleres en el centro de Italia y en los Países Bajos, donde varias manos trabajan en una obra, que aun conservando el estilo del Maestro, pierden la transmisión natural entre artista y público.

Este deseo de salvaguardar la propia identidad desde el trabajo en solitario, lo mantienen vivos pintores como Michelangelo y Caravaggio, en contraste con las grandes escuelas y la influencia de este último desde Nápoles llega a Sevilla, donde Velázquez aparece como la nota más alta y excelsa de la pintura en soledad, aun siendo pintor de corte.

La Llegada de la Revolución Industrial en 1800 y el cambio que supuso el nacimiento de nuevos compradores, modificó radicalmente el pensamiento del Pintor, haciendo una profunda introspección en sus necesidades de creatividad y libertad. Dos pintores opuestos, pero esenciales para comprender este ciclo son Van Gogh, holandés apoyado en Francia y Giorgio Morandi que resistió todos los istmos pintando sólo bodegones.